



La novelista norteamericana Siri Hustvedt. / DOMÉNEC UMBERT

Literatura / Ficción

«Quería un libro que fuese como una venganza»

La novelista norteamericana Siri Hustvedt imagina cómo sería 'Un verano sin hombres' en el libro que acaba de publicar

Laura Fernández / Barcelona
Sonriente y encantadora, la altísima y rubisima Siri Hustvedt asegura que las tardes están hechas para leer. Y las mañanas, para escribir. Un puñado de ellas le bastaron para dar forma a su última novela, la comedia, comedia en el sentido shakespeariano (es decir, aquella que «no difiere demasiado de la tragedia»), feminista *El verano sin hombres* (Anagrama/Empúries), la historia de Mia Fredricksen, una poeta de mediana edad a la que su marido abandona supuestamente necesitado de una *pausa* en su matrimonio, una *Pausa*, en mayúsculas, francesa y de melena castaña, 20 años menor que la dolida y, en un primer momento, enloquecida, protagonista.

«Ha sido un placer meterme en la cabeza de Mia», sentencia Hustvedt. «Me encantó adoptar su tono cómico, cáustico, a ratos aburrido», añade la escritora que, como su protagonista, fue una vez poeta. «Estoy cansada de negar que protagonizo mis novelas. Ni Mia soy yo; ni su brillante marido es mi marido, Paul (Auster); ni su hija es mi hija (Sophie). Tengo mucha imaginación. Para mí es fácil meterme en la piel de mis personajes. Lo único que busco es la credibilidad emocional. Tengo que sentir lo que ellos sentirían para poder escribir, pero no soy

ellos. La vida de Mia no es mi vida», señala, abandonando la sonrisa, para preguntarse a continuación si ese tipo de preguntas se las hacen también a los escritores. «Tengo la sensación de que estas sospechas siempre recaen en las mujeres», agrega.

La guerra de sexos es precisamente uno de los motores de *El verano sin hombres*. Retrata de forma

«El ser humano es capaz de viajar al pasado y al futuro con su imaginación»

«Conforme pasan los años, la libertad de las mujeres crece. Pero no mengua su maldad»

exhaustiva el universo femenino, componiendo una suerte de polifonía de voces que encabeza la voz (siempre mordaz, rabiosa, vengativa) de Mia, que decide volver a su pueblo después de que Boris (el marido que ha caído en brazos de la *Pausa*) la abandone y después de

que el hospital psiquiátrico en el que la ingresan tras la ruptura le dé el alta. Allí, Mia empieza a visitar a su madre, octogenaria, y a sus amigas de la residencia, los Cinco Cisnes, entre las que se cuenta Abigail, la mujer que borda escenas sádicas (de alto voltaje sexual) y luego las esconde. Allí también da clases de poesía a un grupo de adolescentes (que esconden un retorcido secreto) y conoce a Lola, una joven madre con una complicada relación amorosa.

Así, la novela hace un repaso a todas las edades de la mujer: desde la adolescencia a la tercera edad, estableciendo un paralelismo antitético entre la desconfianza y la maldad intrínseca de las adolescentes y la camaradería de las últimas supervivientes (la madre de la protagonista y sus amigas). «La brutalidad entre las adolescentes es algo que nunca va a cambiar. Conforme pasan los años, la libertad de las mujeres crece. Pero no mengua su maldad. Y eso es porque aún no puede expresar libremente su rabia. No son como los chicos, no pueden liarse a puñetazos. Y se hacen daño de otra manera», considera Hustvedt, que investiga de forma autodidacta en la neurobiología, para descubrir «qué nos hace ser como somos».

De ahí que la novela esté plagada de referencias a estudios y ejemplos que invalidan la diferencia entre sexos. «Hombres y mujeres queremos concebimos como seres diferentes, pero no lo somos», asegura la escritora. «Nos une nuestro carácter humano. Somos seres humanos y como tales, iguales. El asunto sexual es ambiguo. Existen casos de personas que han nacido niños y se han vuelto niñas en la pubertad», explica. En su camino hacia el descubrimiento de qué nos hace ser como somos, Hustvedt apunta que «no podemos dejar de lado el aspecto biológico, porque es una de las piezas fundamentales».

Las películas, clásicos como *La pícara puritana* de Leo McCarey, y la literatura inglesa, en especial, la de Jane Austen, están presentes en la trama que, sobre todo, en palabras de la autora, «es un juego. Un juego con la imaginación. El ser humano es el único capaz de viajar al pasado y al futuro a través de su imaginación. Se cuenta a sí mismo a partir de una memoria que es cada vez más ficción. Podemos imaginarnos ser otras personas y esa imaginación tiene un poder curativo. Es nuestro poder, el más importante como seres humanos», dice.

Y en eso, una vez más, hombres y mujeres «somos iguales». Y concluye: «He hecho esto porque llevaba diez años escribiendo como un hombre y había llegado el momento de volver a ser una mujer y escribir un libro que fuese como una venganza».